

fectos; que representando perpetuamente en el teatro del mundo el papel de grande, no le es lícito jamas hacer el de hombre y de amigo. Pues ¿qué será, si al sacrificio de la propia comodidad es necesario añadir el de los intereses mas idolatrados, el de las mas tiernas amistades, el de las inclinaciones mas vivas é impetuosas? ¿A qué sagrado se acogerá la probidad en medio de esta tormenta de pasiones sino al de la Religion? A la verdad ella sola puede suministrar razones verdaderas y eficaces, razones que abracen todas las circunstancias y todos los tiempos, razones adecuadas á todos los genios y á todos los caracteres; razones digo verdaderas y eficaces, razones que aviven el corazon, que le conmuevan y le penetren; razones que contraresten los estímulos y la fuerza de la concupiscencia. Ponderen cuanto gusten la perspicacia y poderío de la razon, que siempre será verdad que solo ignoran su flaqueza, los que no han hecho experiencia de sus fuerzas, y que solo la reputan por capaz de dar mucho, los que nunca la han pedido nada; como razon al cabo de tan escaso poder, que si enseña la virtud, no la persuade, y si reprueba las pasiones, no las enflaquece.

Esta es la causa porque los legisladores no se atrevieron á cimentar la duracion de los imperios sobre un fundamento tan caduco, y así armaron sus leyes con la fuerza de los premios y castigos; porque como conocian mas íntimamente al hombre que esos filósofos que blasonan de haber hecho un estudio tan profundo en su conocimiento, sabian que en vano instruye la razon, si no propone alguna cosa que se deba esperar ó temer: y en efecto, ¿no vemos que todo se mueve á impulsos del interes? ¿que en tanto es tenida la autoridad pública en cuanto tiene fuerza suficiente para hacerse respetar? ¿que un señor que ni puede dar, ni prometer, no puede conservar su autoridad largo tiempo? ¿que para un amigo caído se acabaron ya los amigos? ¿que los beneficios hechos con anticipacion y sin prudencia por un padre que ama desordenadamente á sus hijos, le enajenan su corazon? ¿que en el mismo punto en que se agota el manantial de sus dádivas, se agota y fenece frecuentísimamente su agradecimiento? Tan cierto es que una virtud acendrada y libre de todo interes es una especie de milagro que nunca puede obrar nuestra razon; y no hay por consiguiente otro medio, aun segun el dictámen de algunos filósofos moder-

nos, para mantener ilesas las leyes y derechos de la sociedad contra los ímpetus de la concupiscencia que las combaten, sino enlazar nuestro interes particular con el interes público.

Y es esto tan positivo, que aun cuando la doctrina de los apóstoles no tuviese sino esta excelencia sola, seria preferible á la doctrina de los sabios de la antigüedad, porque estos establecieron sus dogmas sobre el principio de la fuerza y de la razon, y aquellos fundaron la suya sobre el principio de la flaqueza y perversidad del corazon humano: estos intimaron preceptos, excitaron ideas, comunicaron luces, y aquellos predicaron un Dios legislador, vengador, remunerador; de suerte que los sabios solamente hablaban al entendimiento, miéntras los apóstoles no cultivaban ni hablaban sino al corazon, sembrando en el alma inclinacion á la virtud, contra los incentivos del vicio; desperdando pasiones, para explicarme así, de órden y de justicia, que combatesen las pasiones de desórden y de prevaricacion, y haciendo que el interes y el amor propio que perturban la sociedad, fuesen contrarestados por otro amor propio, y por otro interes superior y prepotente.

No por cierto, decia san Pablo, no tiene necesidad el cristiano para ser bueno, justo, veraz y fiel, de los escasos auxilios que suministran á la virtud las esperanzas humanas. Obedecéd á vuestros superiores, aunque sean soberbios, extravagantes é ingratos, pues Dios os remunerará los servicios que ellos no os premien: no alteren vuestra paciencia los mas justos sentimientos, pues aquel Dios, cuyo ejemplo seguís, os reconocerá por imágenes suyas, y en pago de las fervorosas oficiosidades de vuestra caridad, experimentaréis en vuestras almas los mas dulces cariños de su amor: no dudéis anteponer la probidad á la fortuna, y estád seguros que llegaréis á una fortuna todavía mas elevada, pues el cielo os concederá con ventaja lo que el mundo os haya negado: y porque el miedo influye con mayor fuerza en el corazon humano, que la esperanza, la Religion manifiesta á los hombres, que las pasiones que perturban la tranquilidad pública, se convierten tarde ó temprano en su propio verdugo. Así vemos que despues de haber bañado la envidia sus manos en la sangre de Abel, despedaza con sus furias el corazon de Caín, que llega á envidiar la muerte del desgraciado hermano que rindió la vida á violencias del odio fraternal: los sediciosos abren con sus alborotos y murmuraciones el abismo que se los



sorbe, y sirven de leccion al mundo para que aprendan la veneracion que se debe á las potestades legítimas : del seno de la negra nube de la calumnia que habia denigrado la reputacion de Susana, rompe el rayo que aniquiló á aquellos hombres que cometieron dos maldades á un tiempo; una la de haber intentado atrevidamente violar su castidad, y otra la de atreverse despues á negarla. La sangrienta política del insolente Aman, cuyos intentos no se le lograron, enriquece con sus despojos al inocente, cuya ruína maquinaba con sus asechanzas. El amor brutal, que ni prestó oídos á la voz de la naturaleza, ni supo enfrenarse con las lágrimas de Thamar, sujetan la cerviz de Amon al filo de la espada de Absalon, que toma venganza del incesto con un fratricidio; y la ingratitude y ambicion, despues de haber desquiciado el trono paterno, corta el hilo de la vida del hijo rebelde y desconocido : la tiranía y la injusticia riegan con la sangre de Acab y de Jezabel la heredad que usurparon; y la envidia y odio del fementido cortesano convierte contra Joab la espada que esgrimió contra Abner : la sensualidad llena el palacio de David adúltero de incestos horribles, de muertes y sediciones, y Dios mismo, mostrándose al parecer ménos zeloso de su gloria, que cuidadoso de la conservacion de la obra de sus manos, usa de mayor disimulo con las maldades que ofenden al cielo, que con las que destruyen y asolan la tierra. Así vemos que pasados muchos años, y aun pasados siglos, venga en los hijos los delitos que no fueron castigados en sus padres, y pone sumo esmero en conservar al hombre en la observancia rigurosa de lo que debe al mundo, con las lecciones y motivos mas á propósito para mover su corazon : motivos digo sólidos y eficaces, y no solo verdaderos y eficaces, sino motivos que se reproducen en todos tiempos y en todas las circunstancias; porque si en el curso ordinario de la vida está la virtud expuesta á tantos escollos, ¿de cuántos naufragios no se ve amenazada en mil peligrosas coyunturas? Ya se nos pone delante un competidor, cuyo mérito sobresaliente le allana y abrevia el camino de la fortuna; pero llegado ya al término de la carrera, entra en sospechas contra él un protector desconfiado y receloso, que se dispone á detener la velocidad de sus pasos, dejándonos á nosotros desbarazado y libre el camino del favor y de las dignidades. Ya se nos ofrece un enemigo formidable á quien la adversa variedad de los sucesos humanos pone en opinion de delincuente;

en cuyo caso lo que ejecutamos por la satisfaccion de nuestra venganza, podrá pensarse que lo hacemos por el bien del estado, y atribuirse la ruína de un enemigo á una fatalidad que nos privó de los medios de socorrer á un amigo. Ya ocurre un valedor cuya autoridad vacila, y que tras su caída nos arrastrará á nosotros indefectiblemente; en cuyas circunstancias solo se trata de anticiparnos á la fortuna que se retira, y hallar en los servicios que hicimos, pretextos para no agradecer los beneficios que hemos recibido. Ya nos hallamos en el caso de una conjuracion, de una trama política cuyo éxito pronosticamos : ya se nos pide una condescendencia que no podemos negar sin incurrir en la desgracia, y juntamente en el concepto de haberla merecido, y sin quedar expuestos al ridículo juicio en que este siglo de adulacion y de político artificio tiene á un hombre de perfecta é inflexible honradez.

En circunstancias tan críticas, en coyunturas tan peligrosas, pregunto, amados oyentes míos, quién se mantendrá firme? quién no caerá? El varon recto, que se alimenta del espíritu de las verdades de la Religion; el que cree firmemente que la perspicacia de los ojos divinos penetra los mas ocultos senos de las iniquidades de los hombres, que llegará dia en que expuesta á la vista de todo el universo la negociacion y trama política mas sagazmente urdida, conocerán todos que solamente fué perversidad de un entendimiento diabólico, que supo añadir al horror de la pasion que abortó el delito, la ignominia de la hipocresía que le encubre y disimula; el que vive plenamente persuadido de que todos los bienes temporales no resarcen la pérdida de los eternos, este, este no caerá. Pero qué digo? este mismo hombre, sin embargo de su fe viva y firme religion, flaquea y se rinde muchas veces; ¿qué hará pues el que no la conoce? qué fortaleza podrá suministrar á su virtud la razon? Ay, cristianos! qué puede la razon en tales circunstancias? ¡cómo la oprime y sufoca la misma grandeza de casos tan graves! porque cuando el corazon se halla perturbado con afectos tan impetuosos y vehementes, cuando desenfrenadas las pasiones le atruenan con sus quejas y confusa gritería, ¿cómo oirá la voz de la razon, que por lo comun no es mas que un manso viento, un sonido leve?

La corte, como sabéis y repetís frecuentemente, ¿no es el centro del ingenio, de la cultura, de los talentos, del saber?



¿no se dictan y enseñan en la corte con mayor aparato las máximas de honor, de razon, de probidad? Mas porque en la corte y al rededor del trono se distribuyen las grandes riquezas, los grandes honores, ¿no reinan en ella las grandes bajezas, las grandes traiciones, las grandes fechorías? Todo el arte de los cortesanos se reduce y emplea en cohonestarlas, en no manifestar al mundo muy claramente lo que sin esta diligencia entenderia al momento, y en no dejar ver sino las acciones que él perdona sin gran dificultad, como se le deje el cuidado y la fruición de adivinarlas. Perderlo todo en este mundo, y no esperar nada en el otro : si se encontrase un hombre de tal virtud que no tema semejante calamidad, escríbase su nombre para gloria y triunfo de la razon humana en los fastos del mundo, que yo sé que pocos le acompañarán, pues los motivos de la razon no son como los de la Religion proporcionados á todos los genios y á todos los caractéres. Diferencia esencial que confunde y destruye por sí sola los vanos y sofisticos argumentos de que en estos últimos tiempos se han valido ciertos filósofos para impugnar la necesidad de la religion, y con que han engañado á tantos entendimientos pueriles y superficiales.

Pasemos pues á hablar del hombre de probidad sin religion, de ese fenómeno de tal cual hombre, que en medio de ser rebelde é infiel á su Dios, cumple con fidelidad las obligaciones que debe al mundo. Yo sustento sin embargo, que el interes de la pública felicidad es inseparable de la religion. Cómo así? porque la paz y bien de la sociedad dependen de los vicios ó de las virtudes del mayor número de los hombres, y es imposible que la razon forme, ni pueda formar un pueblo de bondad, un pueblo de virtudes morales. Porque en efecto, pregunto : esas máximas de una razon recta y sana, esas ideas de orden, de justicia, esa afición á la virtud y á la probidad que solo se llegan á entender y sentir con la parte mas delicada y perspicaz del entendimiento humano; esas impresiones tan suaves, tan gratas, tan delicadas y casi imperceptibles, que solo llegará á sentir quien esté dotado de un tacto intelectual finísimo, ¿causarán en una alma comun tal conmocion, que baste á debilitar y amortiguar la vehemencia de las pasiones? Ese pueblo sin instruccion, sin ideas, á quien el temor de Dios y de sus venganzas, ayudado y fomentado con el miedo de las leyes humanas, apenas puede mantener sujeto y obediente, ¿se mostrará

dócil y rendido á la voz de la razon que es la que solo se oye, guardando todo lo demas un profundo silencio, y cuyo grito nunca se levanta tan alto que supere y ofusque el ruido y estrépito que excitan el agudo sentimiento de la servidumbre, la pobreza, las pasiones y los infortunios? Ah! ¡cuán escasas serian las virtudes en el mundo, si no hubiese otras que las que proceden de la razon! ¡Con qué desacierto hubiera provisto la política á la seguridad y firmeza de los imperios, si despreciando los medios de la instruccion y de la enseñanza, solo hubiera abrazado la de la autoridad y del dominio! Pero de las impresiones de la Religion todos, todos son capaces, todos pueden llegar á conocer lo halagüeño de sus promesas, y mucho mas todavía lo terrible de sus castigos. La política solo puede producir una probidad exterior y fingida, y la razon una probidad compuesta de máximas y de ideas que no están al alcance de un pueblo rudo, una probidad limitada á un escaso número de sabios; pero la Religion cria y produce una probidad verdadera é interior, una probidad pública y universal, por cuanto está fundada sobre principios que el mas corto entendimiento puede entender, y que el entendimiento mas despejado no puede llegar á comprender suficientemente, por cuanto obra en el corazon humano con impulsos que afectan al alma mas noble y magnánima, y estremecen y sujetan á la mas feroz y rebelde.

¿Con que segun eso ya no se conocen entre los secuaces de la mas santa y divina Religion, esto es, de la Religion cristiana, ya no se conocen los delitos que perturban el orden de la sociedad? No puedo negar, católicos, que nuestro tiempo no es ya aquel felicísimo en que la vida de los cristianos era la mejor apología del cristianismo; aquel tiempo en que para abatir la ciencia hinchada de los filósofos, y avergonzarlos por la calumniosa impostura con que imputaban al Evangelio la decadencia de las buenas costumbres del imperio, decia á los césares Tertuliano : examinád ese pueblo infamado con tantos edictos, asolado con tantas y tan sangrientas persecuciones, y no hallaréis en él ni vicios que reprender, ni virtudes que desear. ¿En qué nacion se pagan los tributos con tanta fidelidad, ni se exigen con tanta moderacion? ¿dónde son mas raros los pleitos, mas íntegra la administracion de la justicia, las mujeres mas respetables y ménos solícitas de parecer bien, el comercio mas arreglado en sus negocios, y mas escrupuloso y observante de



la buena fe, los soldados mas formidables al enemigo, y mas fieles al príncipe? Siendo como somos nosotros el fundamento donde estriba vuestro trono, no tenéis otro delito con que darnos en rostro, sino con el de que profesamos una religion, á quien sois deudores de la obediencia que no sabe sino venerar vuestros mandatos, dolerse de vuestro engaño, orar y morir: ni podéis acusarnos de otro pecado sino de que detestamos y aborrecemos unos dioses que ven todos los dias concertarse en el recinto de sus propios templos las conjuraciones que ponen al mundo y á los señores de él en condicion de perderse.

Tanto reprobaba entónces el mundo al cristianismo, porque no conocia á los cristianos; pero ¿qué seria ahora del Evangelio, si en fuerza de otro error opuesto juzgase del cristianismo por la noticia que tiene de la vida de los cristianos? ¿cuántos no deshonoran á la Religion con los vicios mas contrarios á la razon? ¿cuántos solo tienen religion miéntras lo requiere su conveniencia propia, y acaso solamente la tienen para hacerla servir á sus intereses? Ved cómo triunfa ese libertino, y cómo hace materia de sus zumbas las calamidades de la Religion; pero ¿me atreveré á proferirlo? digo que casi triunfa con razon, pues celebra y aplaude la obra de sus propias manos. Porque ¿cómo pensáis que se ha ido disponiendo y formando tan velozmente la decadencia y ruína de las virtudes que lloramos? Sigamos el hilo de nuestras historias, y hallaremos que la probidad se ha perdido al paso que la fe; el hombre de bien ha desaparecido al paso que el cristiano: los tiempos que en nuestros fastos se notan como mas libres en la creencia, fueron siempre los de mayor deprayacion de costumbres; y sin retroceder á los siglos pasados, si ahora se observa tan poca modestia en los jóvenes, tan poca vergüenza en las mujeres, tan poca equidad en los tribunales, tan poca fidelidad en el comercio, tan poca honra y desinterés en los nobles; si la virtud amedrentada y fugitiva apenas halla un asilo seguro en el santuario, ¿no es porque los jóvenes, las mujeres, los soldados, los cortesanos se han hecho todos filósofos, ó se precian de serlo? Si en el cristianismo hay tan pocos cristianos que conozcan la probidad, ¿no es porque en el cristianismo han quedado ya pocos cristianos? Si hay hombres que se sirven de la religion para ocultar y fomentar sus pasiones, ¿no son aquellos que no conocen ninguna religion? ¿Dónde hallaréis mas virtud que en

los que no se han dejado inficionar del contagio de esa fútil y desenfrenada filosofia? y por el contrario, ¿dónde encontraréis mas vicios que en los que hacen mas ostentacion y pomposo alarde del nombre de sabios y filósofos? Considerad á esos hombres de discursos tan profundos, de literatura tan vasta, tan exquisita, tan amena, ¿no puede decirse de muchos de ellos, que para abatir su soberbia, ha permitido Dios que caigan, como los otros filósofos de quienes habla san Pablo, en las fragilidades mas ignominiosas? En envidias, miserables emulaciones, maledicencias, calumnias, sátiras que no guardan ningun decoro ni respeto; fraudes, imposturas, partidos, conjuraciones, amistades falsas, odios crueles, sórdido y bajo interés, y gustos singulares y antojadizos. No digo yo que se dejen arrebatar de grandes pasiones, porque no son acaso capaces de ellas almas tan apocadas; sino de pasiones rateras, pueriles, despreciables. Toda su decantada razon se ha trasladado y sumido en su ingenio: no hay ni vestigios de ella en su corazon, ni en su conducta: pretenden ser mas que cristianos, y quedan reducidos á ménos que hombres. Insulten á la Religion, desprecienla, vilipéndienla; pero tengan entendido que la vengan con la dissolution escandalosa de sus costumbres, y que el cristiano ménos digno de serlo, no puede desenfrenarse tanto, que llegue á ser tan idiota como esos sabios y filósofos libertinos.

No niego que dejándose el cristiano arrastrar de sus pasiones, puede quebrantar las leyes de la probidad; pero tampoco me negaréis vosotros, que por cuanto tiene religion, para haber de faltar á lo que debe al mundo, tiene que cerrar los ojos á luces mas vivas y mas puras, tiene que desentenderse de máximas mas verdaderas, tiene que deponer una persuasion mas íntima, tiene que adormecer mas remordimientos, que vencer mas obstáculos, que luchar contra fuerzas mas poderosas; y si el mundo teme que pueda incurrir en varios vicios el hombre, á quien la Religion pone delante premios tan inestimables y castigos tan rigurosos, ¿qué virtudes puede esperar el mundo de la razon, que ni promete esperanzas, ni infunde miedo? Por otra parte el hombre con religion no puede sacrificar la probidad á las pasiones sin apartarse de sus propios principios; y el hombre sin religion no puede sacrificar las pasiones á la probidad sin apartarse en la práctica de su doctrina y sistema: de modo que el hombre que conservando su religion no tiene pro-



bilidad, y el hombre que no teniendo religion conserva la probidad, incurren en igual contradiccion. Un hombre lleno de vicios y con religion, y un hombre verdaderamente virtuoso sin ella, ¿no son ambos inconsecuentes, no obran ambos contra el dictámen de la razon? Confesemos pues que la religion es por sí misma el origen y baluarte de la probidad, y que la irreligion es por sí misma la enemiga y destructora de la probidad. Luego solo debemos buscar en la Religion al hombre de bien, al hombre de bien digo de entendimiento y de razon, y al hombre de bien de corazon y de sentimientos. Mas para no dejaros nada que saber ni desear sobre una materia tan importante, concluiré esta primera parte con dos proposiciones dignas de toda vuestra atencion. Proposicion primera: si sola la religion puede producir la probidad, es propio especialmente de la Religion católica, formar la probidad mas perfecta y acendrada. Proposicion segunda: si el hombre sin religion debe ser reputado por un hombre ajeno de toda probidad, este debe ser especialmente el que ha desamparado la Religion católica.

He dicho, que es propio de la Religion católica formar la probidad mas perfecta y mas acendrada; y para esto no os pondré delante que ninguna otra religion prescribe con tanta individualidad y tan radicalmente las obligaciones de la sociedad, ni otra alguna tiene reservados mas terribles castigos y anatemas contra las pasiones que perturban y confunden el orden de la sociedad: no os representaré tampoco que ninguna otra religion intima con mayor severidad la mansedumbre, la humanidad, la generosidad, la compasion benigna, aquellas virtudes de donde se originan todas las delicias y todos los gustos de la sociedad: que ninguna otra une y estrecha á los hombres entre sí con lazos mas fuertes; ni que la sangre de Jesucristo iguala y aproxima las distancias que causa la diferencia de condiciones y de bienes temporales; ni que lo que será Jesucristo en la ciudad santa de Sion para felicidad de los bienaventurados, esto mismo es en el mundo para dicha y tranquilidad del mundo; ni que el cristiano no ve en el cristiano sino á Jesucristo: no os manifestaré que la doctrina de la Religion revelada es la única que enseña al hombre á menospreciarse, á desprenderse y despojarse de lo terreno, á renunciarse y á morir á sí mismo; y por consiguiente es la única doctrina cuya eficacia penetra hasta el hombre interior, haciéndole ceder á los deseos, á los

intereses, á los gustos, á las inclinaciones de los demas, y enseñándole á dominarse y reinar sobre sí. Quiero decir con esto, que solo una religion, una fe, una gracia sobrenatural tienen el privilegio de acrisolar las calidades del hombre de bien y las imperfecciones capaces de empañar su terso lucimiento, y por consiguiente de formar un hombre de bien perfecto y cabal segun el mundo.

¿Quién ignora la condicion de la razon humana, que siendo incapaz de contenerse dentro de los justos límites, reconoce y tiene pocas virtudes, donde la concupiscencia no pueda introducir algunos defectos? Del valor compasivo y modesto, de la oficiosidad prudente y noble, de la prudencia ni lenta ni tímida, de la intrepidez ni inconsiderada ni temeraria, de la gravedad que no degenera en ceremonia, de la jovialidad que guarda sus derechos á la decencia y no denigra la fama del prójimo, de la sinceridad sin indiscrecion, de la discrecion sin misterios ni malicias, de la ingenuidad que no se deja engañar, de la política que no se cubre con el velo del fraude y de la perfidia, de la virtud finalmente que no está contaminada con algun vicio, no es capaz hombre alguno sino el cristiano. Cómo así? porque no hay ninguna doctrina mas estrecha en sus preceptos, mas sublime en sus consejos, mas prudente en sus cautelas que la doctrina evangélica; porque no hay doctrina que despierte y excite en el entendimiento ideas mas nobles, principios mas sólidos, intenciones mas puras y rectas; ni en el corazon impulsos mas vehementes, impresiones mas profundas, deseos de la perfeccion mas puros y fervorosos; ni en la conciencia mas vigilancia, mas delicadeza, mas escrupulosidad; ni en la conducta mas cordura y mas esmero; y así es que un desahogo de vanidad, una prontitud de genio, una impaciencia, una queja del amor propio, un aire, un gesto desdeñoso y altanero, en fin aquellos defectillos que la razon no echaria de ver, y que no solo perdonaria y excusaria, sino que tal vez los graduaria de virtud; todo esto lo reprueba el Evangelio como accion viciosa: de donde nace, que para un ejemplo de virtud acrisolada de la escoria de la fragilidad humana que pueda alegar el mundo, ofrece millares la Religion. Comparados con los héroes de la sagrada Escritura, ¿qué suponen los de la historia profana? ¿Qué rey de entrañas mas misericordiosas y paternales que Joas; qué conquistador mas piadoso y justo que David; qué



político mas avisado y virtuoso que Salomon ántes de prevaricar; qué magistrado mas íntegro y vigilante que Samuel; qué opulencia mas generosa que la de Abrahan; qué talento mas universal, mas capaz, mas provechoso al rey y al reino que el de Josef; qué honestidad mas invencible que la de Susana; qué belleza mas modesta que la de Ester? Recorréd los fastos del mundo, y hallaréis que las grandes cualidades siempre anuncian grandes movimientos y alteraciones. Esos conquistadores, esos políticos tan ponderados en ellos, y que son el asombro de la posteridad, ¿fueron igualmente la felicidad de su siglo y de sus pueblos? Entiendo que solo revolviendo los monumentos de la Religion, y estudiando y meditando en los ejemplos que propone á la imitacion, se forman héroes y hombres dotados de las prendas que pide Dios y el mundo desea.

Figuráos una nacion verdaderamente cristiana: qué paz, qué union, qué concordia! Allí veriais superiores sin altanería y sin caprichos; criados que no murmuran ni están ociosos; magistrados libres de pasion y de interes; soldados dispuestos á derramar su sangre y enemigos de la disolucion; amigos fieles y constantes; súbditos obedientes; reyes padres de sus vasallos, y un pueblo dichoso. No oiriais allí ni los clamores de la inocencia oprimida, ni los suspiros de la pobreza desamparada, ni las quejas de la amistad vendida; no observariais allí levantado y triunfante el vicio, ni postrada y abatida la virtud. La sociedad solo seria una mutua comunicacion de beneficios y de agradecimientos: todos serian felices, y lo que es la suma felicidad, todos harian felices á los otros. O espectáculo deliciosísimo! Ya que no nos sea permitido abrigar en nuestra alma esperanzas tan halagüeñas, aprendamos á lo ménos y leamos en esta imágen de la mas completa felicidad lo que el mundo pierde y de lo que se priva, cuando sacude el yugo de la Religion, y niega las puertas de su alma á la gracia de Jesucristo. Esta Religion santa pues es la que tiene por oficio formar la probidad perfecta y cabal; y de cuantos hombres viven sin religion, ninguno debe ser tenido por de ménos probidad que el apóstata de la Religion cristiana.

Que la probidad del hombre que nunca ha tenido religion, sea muchas veces una probidad incierta y poco segura, una probidad vacilante, casi destituida de principios, y por consiguiente mal fundada, fácil cosa es de probar; pero sin detener-

me ahora en esto, no es mas difícil demostrar que en el hombre que ha desamparado la Religion cristiana, no se halla verdadera probidad, y esto en el negocio mas importante, y que mas le interesa. Llamo no tener probidad el hombre, cuando niega, repudia y condena su religion sin que precedan ántes el estudio, el exámen y las averiguaciones necesarias para decidir con tino y pulso sobre la religion. Llamo no tener probidad el hombre, cuando se pone á examinar la Religion lleno de preocupaciones é ideas falsas, de inclinaciones y pasiones que sigue con gusto, aunque las conoce; y cuando en este exámen no tanto se propone el fin de resolver si debe creer ó no, como el hallar pretextos en que fundar razones para no creer. Llamo no tener probidad, cuando el hombre repudia en materia de religion los argumentos y las autoridades á que defiende en cualquiera otro asunto que no tenga conexion con la religion, y desecha y no admite pruebas sólidas y convincentes, por desear y querer pruebas imaginarias, que ni puede ni debe darle la Religion.

Y en esta parte no quiero yo argüir, amados oyentes míos, sino con vuestro testimonio y con el del incrédulo que algun tiempo fué cristiano, y ya ha dejado de serlo. ¿Quiénes son los que ántes de desamparar la Religion, pudieron ni quisieron instruirse en ella? y entre los que hicieron estudio de ella, ¿quiénes son los que no conocieron las preocupaciones é ignoraron las pasiones? ¿quiénes son los que en el exámen de la Religion no se han aplicado y ceñido solo á aquellos puntos por donde vanamente se pretende que flaquea, y á exagerar las dificultades? ¿quiénes los que no dan crédito á hechos y sucesos ménos fidedignos, que los hechos, las profecías y los milagros que prueban nuestra santa Religion? ¿quiénes los que pudiendo ignorar que todo entendimiento debe rendirse y cautivarse en obsequio y obediencia de la voz de Dios, se han contenido en examinar y desear saber solamente, si es verdad que Dios ha hablado por boca de los profetas y de los apóstoles, y no se han propasado insolentemente á erigirse en jueces del dogma y de la doctrina, llegando hasta pedir pruebas á una Religion que se funda toda en revelacion y en hechos? ¿quiénes son por consiguiente los que para desamparar la Religion, no han dado principio quebrantando las reglas de la buena fe y de la probidad? Y si el hombre que ya no cree, es de esta condicion, ¿qué